



Contra el hambre,
defiende la Tierra

Manos Unidas



catequesis



niños

2010
Campaña LI

- Viernes 12 de febrero
DÍA DEL AYUNO VOLUNTARIO
- Domingo 14 de febrero
JORNADA NACIONAL DE MANOS UNIDAS



Este año nuestra catequesis vuelve a ser la historia de Alicia y Sergio y de su abuela, que les ayuda a descubrir la situación del mundo y cómo Dios nos ha puesto en la Tierra para construir un mundo mejor, donde todos los hombres puedan vivir con dignidad y sin sobresaltos:

Aquel día del verano, la abuela de Alicia y de Sergio había preparado para sus nietos una interesante excursión a la montaña. Tenía intención de mostrarles el bonito paisaje en el que se enclavaba su pueblo. El objetivo era el pico Cueto, un pico de 1.700 metros desde el que se divisa todo el entorno, muchos kilómetros a la redonda.

La subida la realizaron por un camino carretero de cerca de ocho kilómetros cuesta arriba. Resultó costosa, sobre todo a causa del calor, y los nietos se quejaron repetidas veces del esfuerzo que estaban haciendo, pero la abuela les daba ánimos, anunciándoles la belleza incomparable del paisaje que iban a disfrutar.

Después de no pocas protestas, por fin llegaron a la cima. Allí comprendieron que la abuela tenía razón y comenzaron a dar por bueno el esfuerzo realizado para llegar hasta allí. Se veían muchos pueblos, un pantano, incluso los Picos de Europa servían de imponente horizonte al panorama, que era verdaderamente de postal.

Después de un rato de descanso y de explicaciones sobre los detalles del paisaje, la abuela sacó de la mochila una Biblia, en la que había buscado antes de salir unas citas y dijo a sus nietos:

—Creo que es justo que en este sitio tan hermoso escuchemos lo que Dios tiene que decirnos sobre el mundo que nos regaló con todo su amor. Alicia —dijo, dirigiéndose a la niña— lee tú este primer texto.

La niña tomó el libro, admirada y extrañada al tiempo de que su abuela se hubiera tomado la molestia de subir una Biblia hasta allí y leyó en voz alta:

Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, las fieras, los animales domésticos y los reptiles de la tierra.

Y creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y dijo Dios: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar y las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra.»

Y dijo Dios: «Mirad que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros servirá de alimento. Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser que respira, la hierba verde les doy de alimento.» Y así fue. Y vio Dios lo que había hecho, y era muy bueno». (Gen 1, 26-31).





Al acabar la lectura, Alicia devolvió la Biblia a su abuela, que dijo solemnemente:

–Todo esto tan bonito que veis y todas las maravillas del mundo entero, son un regalo que Dios nos ha hecho. Nos las ha regalado para que las disfrutemos. –Hizo un corto silencio contemplativo para que sus nietos sintieran el amor de Dios palpitando en el paisaje, y después les preguntó: ¿Hay algo en este paisaje que contempláis que os desagrada?

–Sí, –dijo Sergio con decisión– esa cantera de ahí abajo es como una mancha en medio del paisaje. Me parece que eso no es regalo de Dios, sino obra nuestra.

En efecto, una gran cantera de silicio en la dirección del pan-

tano, desdecía de todo el resto, como una gran herida blanquecina en medio del paisaje de bosques y montañas.

–Sin embargo el pueblo se ve bien bonito desde aquí, –terció la abuela– y también es obra de los hombres.

–Y el pantano parece un lago precioso y también lo hemos hecho los hombres –añadió Alicia con ilusión.

–Es que los hombres podemos embellecer los paisajes que Dios nos ha regalado y también podemos arruinarlos –sentenció la abuela. Hizo un momento de silencio y luego continuó: ¿Qué os parece si jugamos un rato a una especie de “veo, veo” y decimos formas que tiene el hombre de embellecer el mundo y formas que tiene de destruirlo?

Y allí, sentados juntos, mientras contemplaban extasiados el paisaje, comenzaron el juego...

El catequista interrumpe la narración y propone a los niños hacer una o dos rondas de juego en las que se vayan alternando formas positivas de dominar la tierra, mejorándola, según la voluntad de Dios y formas negativas de abusar de la tierra, deteriorándola. (No se debe emplear mucho tiempo. Si los niños se quedan cortados, el catequista puede hacer de comodín para continuar la ronda. No se trata ahora de sacar conclusiones científicas, sino de tomar conciencia de que el hombre ha recibido el encargo de Dios de dominar la tierra y que puede hacerlo para bien o para mal).

Después de jugar a ese “veo, veo” tan especial en el que aparecieron las cosas que veían y otras muchas que conocían y deseaban, sacaron los bocatas y el agua y repusieron fuerzas. Los niños hicieron una bola con el papel de aluminio de los bocadillos y los lanzaron tranquilamente al suelo, a sus pies, pero cuando vieron cómo la abuela miraba las bolas de papel de aluminio, se apresuraron a cogerlas y a meterlas, sin decir nada, en la bolsa de plástico en la que habían traído la comida.



El catequista, si tiene tiempo y lo cree oportuno, puede interrumpir la narración o comentar al final de la catequesis:

“Hoy en día sabemos mucho sobre medio ambiente, pero después descuidamos los detalles y tiramos al suelo el papel del bocadillo, la bolsa de pipas, el envoltorio del helado, o lo que es peor aún, el chicle que hemos estado masticando. Los chicles, por ejemplo, son la principal fuente permanente de suciedad de nuestras ciudades. Esas manchas negras que están por todas partes, pegadas a las baldosas de las aceras, son chicles que niños y mayores tiran al suelo sin ningún cuidado”. Les puede invitar a fijarse en ese detalle al volver a casa y a cambiar de hábitos en esas pequeñas cosas.

Mientras disfrutaban del almuerzo y del paisaje, unas nubes amenazadoras iban surgiendo por todas partes. La abuela se apresuró a recoger las cosas y a meterlas en la mochila, y dijo a sus nietos:

–Debemos darnos prisa en volver a casa, porque el sol pica mucho y esas nubes que están apareciendo presagian tormenta.

Emprendieron el camino de vuelta, y la abuela aprovechaba cada detalle del paisaje para incidir en la idea que les quería inculcar. Así, cuando vieron un bonito arrendajo cruzar volando delante de ellos y posarse, curioso, a observarles, les explicó que tiene unas plumas muy bonitas, azules y negras, en el borde de las alas, con las que a veces ella había hecho pendientes y les recordó aquellas palabras de Jesús:

Mirad los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta... Y fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan, ni hilan. Y yo os digo que ni Salomón, en todo su lujo, estaba vestido como uno de ellos... (Mt 6, 26 y 29).

Y aprovechó para recordarles de nuevo que la naturaleza es

obra de Dios y es fruto de millones de años de amor y de cuidados divinos. Les dijo que lo mejor que podemos hacer los hombres es aprender a respetar las cosas, como Dios lo hace con la naturaleza. Y terminó sus comentarios suspirando con nostalgia y diciendo:

–Sí. Lo mejor que podemos hacer los humanos es esforzarnos en dejar la naturaleza como está, porque Dios sabe más que nadie y es muy bueno, y nosotros no vamos a poder hacerlo nunca mejor que Él.

Durante las casi dos horas que duró la vuelta a casa, el cielo fue encapotándose progresivamente; las nubes de evolución siguieron creciendo a gran velocidad y el cielo se fue tornando de un negro amenazador.

–Abuela, –dijo Alicia con aprensión– creo que vamos a tener una tormenta de las gordas.

–Sí, –dijo la abuela– como no nos demos prisa, nos va a pillar el agua. –Y apresuraron el paso.

Pero la tormenta evolucionó más rápidamente de lo que esperaban y aparecieron tras la montaña unos nubarrones negros como el azabache, que comenzaron a descargar una manta de agua impresionante. Estaban muy cerca de casa cuando comenzó la lluvia, pero llegaron calados hasta los huesos. Mientras corrían, bromeaban felices al ver cómo un día tan bonito terminaba pasado por agua. Cuando llegaron a casa, fueron rápidamente a cambiarse de ropa a sus habitaciones, para no coger frío.

Lo que vieron por la ventana, mientras se secaban y cambiaban de ropa, no les gustó nada. El agua se había convertido en granizo y unas bolas más grandes que canicas golpeaban con furia todo lo que encontraban. En cuanto se vistieron, los tres se juntaron a mirar por la ventana del cuarto de



estar. La congoja oprimía sus corazones mientras contemplaban cómo el granizo rasgaba las hojas de los frutales, machacaba la fruta y trituraba todo lo que la abuela tenía plantado en la huerta, hasta cubrirlo con una capa de granizo.

Sergio, con el corazón en un puño, comentó con dolor:

—A veces la naturaleza se porta mal, abuela. Mira cómo ha arruinado todo tu trabajo en pocos minutos.

—Es injusto que tanto esfuerzo se destruya así, sin más —dijo Alicia, dolida contra un culpable que no acertaba a identificar.

La abuela guardó silencio, consciente de que era verdad que todos sus trabajos y desvelos se habían destruido de golpe. Mientras su corazón compartía con sus flores y con su huerta los destrozos del granizo, buscaba palabras de explicación y de consuelo para sus nietos. Al cabo de un rato acertó a decir:

—Siempre ha habido tormentas, pero, desde un tiempo a esta parte, el cambio climático las está provocando cada vez más fuertes y destructivas... La naturaleza se rebela contra lo que los hombres le estamos haciendo.

Los niños miraron a su abuela, que había hablado con un tono inusualmente grave y continuaron viendo, en silencio, cómo el granizo se volvía de nuevo agua, que seguía cayendo, imparable, como una cortina, sobre todo el valle. La lluvia continuó con la misma fuerza durante casi dos horas. Comenzaron a correr por las calles auténticos ríos de agua cada vez más caudalosos, que arrastraban gran cantidad de barro y ramas provenientes de la parte alta del pueblo.

Estaba anocheciendo cuando amainó la tormenta y llegó la calma. Los tres salieron a la huerta y contemplaron, desolados, el estrago realizado por el granizo y el agua. A la abuela

se le escapó una lágrima furtiva, que no logró ocultar a sus nietos, aunque lo intentó. Salieron a la calle y la encontraron anegada de barro traído de la montaña, por encima del pueblo. La tormenta había sido peor de lo que habían pensado en un principio.

Esa noche, tras la cena, Alicia y Sergio no tenían ganas de televisión, ni de ninguna otra clase de diversión y se fueron directos al ordenador, que la abuela se había preocupado que tuviera conexión a Internet, a buscar información sobre el cambio climático, al que había aludido su abuela de forma tan enigmática.

Descubrieron muchas cosas que no les gustaron nada:

En primer lugar encontraron las causas del cambio climático: Leyeron que está provocado por el calentamiento progresivo de la atmósfera, que se produce en gran medida por la acción del hombre al consumir grandes cantidades de combustibles fósiles que producen mucho CO₂, que es el gas que provoca el efecto invernadero y aumenta la temperatura de la Tierra.





Descubrieron las consecuencias de ese cambio climático: Leyeron que produce sequías en algunos países de África y también en ciertas partes de España. Vieron que las inundaciones son cada vez más frecuentes en los países tropicales por su culpa. Se enteraron de que existe peligro de que se descongelen los hielos de los Polos, lo cual producirá el aumento del nivel de los mares y la desaparición de muchas zonas habitadas de las costas... Supieron que todas estas consecuencias catastróficas no llegarán de golpe, pero ya están empezando a golpearnos cada vez con más frecuencia. La tormenta de esa misma tarde, mucho más fuerte de lo normal, era un ejemplo claro.

Se dieron cuenta de que este calentamiento es cosa de todos, que consumimos, sin preocuparnos, mucha más energía de la necesaria, con gestos cotidianos de descuido y con actitudes cada vez más cómodas y pasivas que nos impulsan a utilizar los coches en recorridos muy cortos, o a dejar la luz encendida, simplemente por no hacer el gesto de apagarla.

Cuando se separaron para ir cada uno a su habitación, ambos tenían una extraña sensación de opresión en el corazón. Habían pasado tantas cosas en ese día que sus corazones estaban empachados de emociones contradictorias.

A la mañana siguiente la abuela les despertó, llamándoles con prisas, diciendo emocionada:

–Levantaos, niños, que están dando imágenes de nuestro pueblo en la televisión.

Se levantaron rápido y comprobaron que el informativo estaba mostrando las consecuencias de la tormenta en la parte más baja del pueblo, en las casas más cercanas al río.

Vieron impresionados cómo varias casas habían quedado anegadas por el barro hasta más de un metro de altura. Y se dieron cuenta de que una de esas casas era la de sus amigas Ángela e Irene.

Desayunaron apresuradamente, y bajaron en cuanto pudieron para ver a sus amigas. Cuando las encontraron, se fundieron en un abrazo con ellas, les preguntaron, emocionadas, qué tal estaban y las amigas les contaron entre lágrimas y sonrisas nerviosas cómo les había sorprendido una auténtica riada y habían tenido que salir por piernas de casa, con lo puesto, porque ya les cubría el agua por las rodillas y seguía subiendo muy rápidamente. Les dijeron que habían dormido en el ayuntamiento, con unas colchonetas y unas mantas que les dejaron y que ahora estaban viendo qué es lo que se podía salvar de la casa. Después se iban a poner a limpiarla, pero sabían que debían esperar varios días a que se secaran las paredes, para poder habitarla de nuevo.

Sergio y Alicia buscaron a su abuela, que estaba con un grupo de mayores, y le pidieron permiso para que sus amigas se viniesen a vivir con ellas mientras arreglaban la casa. A la





abuela le pareció muy bien y habló con los padres de las niñas. Ellos, agradecidos, les dieron permiso. Y los niños, contentos, prometieron ayudar a limpiar la casa de sus amigas. Subieron a por botas de agua y escobas y se pusieron manos a la obra para achicar el barro.

Irene no paraba de quejarse de su mala suerte por la tormenta. Sergio, pensando que los males compartidos duelen menos, le contaba que el granizo había destrozado la huerta y los frutales de su abuela. Alicia, mientras empujaba el barro, ilusionada por ayudar a la familia de sus amigas, le contaba a Ángela los descubrimientos de la noche anterior en Internet y le dio toda una clase magistral sobre el cambio climático, que no sirvió para aliviar los males, pero sí para echarle la culpa al calentamiento global y desahogar contra él la rabia que sentían.

Trabajaron duro con mucha ilusión y al final de la mañana la mayor parte del barro había desaparecido de la casa y sólo quedaba la humedad y la suciedad impregnada en las paredes.

Los padres de Ángela e Irene les agradecieron sus esfuerzos y les dijeron que ya habían trabajado mucho, que podían descansar toda la tarde jugando juntos. En el fondo lo que querían era que sus hijas se olvidaran por unos momentos de su delicada situación.

La comida les supo a gloria y la bebida fresca fue una bendición para sus cuerpos deshidratados por el esfuerzo. La conversación fue tranquila y positiva, recordando cómo al final el esfuerzo había dado su fruto y la casa comenzaba a parecer de nuevo una vivienda.

Alicia volvió a insistir en sus recientes conocimientos sobre el cambio climático, las causas y las consecuencias desgraciadas que acarrea a los que les tocaba la mala suerte de sufrirlas. La abuela escuchaba atentamente los comentarios,

sin decir nada, hasta que de pronto, con el mismo tono grave y enigmático del día anterior, cuando acusó al cambio climático de la tragedia, dijo:

—Pero al final los que más sufren son siempre los mismos. Los platos rotos de nuestro mundo rico los pagan sobre todo los más pobres del Sur.

Los cuatros niños se quedaron callados, extrañados por el tono solemne que había vuelto a utilizar la abuela, intentando comprender por qué empleaba un tono tan grave al hablar, como quien dice una verdad muy profunda. Por fin Sergio rompió el largo y expectante silencio y preguntó.

—Abuela, ¿por qué dices que al final los platos rotos los pagan sobre todo los pobres? Ayer los hemos pagado aquí en el pueblo y nosotros no somos pobres.

La abuela había seguido las noticias por la radio, durante la mañana, mientras hacía la comida y había oído que un tifón estaba arrasando Filipinas, Taiwán y amenazaba a millones de personas en China. Por eso respondió a su nieto:

—Si te parece, cuando acabemos de comer, vamos juntos a ver el telediario y, después de verlo, respondo a tu pregunta.



La abuela, una vez más estaba usando el truco de la intriga para captar la atención de los niños. Terminaron de comer y se sentaron, interesados, para ver el telediario. Hubo noticias de todo tipo, de aquí y de allá, algunas buenas y otras malas, poco interesantes para los niños. Pero de pronto, como si fuera una cosa más sin excesiva importancia, apareció la noticia del tifón Morakot, que estaba arrasando literalmente la isla de Taiwán. Hablaban de cientos de muertos y de muchos más desaparecidos. Vieron cómo la furia de las aguas se llevaba casas y puentes. Vieron caer, incluso, un edificio de ocho plantas como si fuera un castillo de naipes, al quedarse sin cimientos. Los niños escucharon la noticia alucinados, y comprendieron lo que la abuela había dicho en la comida.

Ángela, cuando acabó la noticia y comenzaban los deportes, comentó apesadumbrada:

—Nuestra desgracia parece de juguete comparada con la de las personas en ese sitio.

La abuela apagó la televisión y les explicó entonces, con tranquilidad, cómo los pobres sufrían más las consecuencias del cambio climático y les puso un ejemplo sencillo:

—El mundo es en realidad nuestra casa común. La casa tiene muchos pisos. Arriba viven los más ricos y abajo los más pobres. Y los ricos acaparan toda la energía y los suministros de la casa, porque tienen la costumbre de comer bien, de gastar mucho más de lo que necesitan. Además tiran todos sus desperdicios por la ventana. Al final los pobres que viven abajo, aunque no comen ni gastan como los ricos de arriba, terminan teniendo sus basuras y la contaminación y los malos olores que producen los excesos de los ricos. Y, cuando las basuras atascan los desagües, los de abajo son los primeros que se inundan y pierden todo lo que tienen.

Los niños estaban intentando imaginar cómo los ricos tiraban

la basura por la ventana o mandaban sus basuras a los pobres, cada uno con procedimientos de lo más imaginativos, pero la abuela les ayudó a entender el ejemplo explicándoles:

—Al mundo le pasa algo similar a la casa. Los ricos consumen y contaminan mucho más de lo que necesitan y el CO₂ de los ricos, que es la peor basura para el medio ambiente, termina produciendo el efecto invernadero que calienta todo el planeta y hace que los pobres sufran las consecuencias de un deterioro que ellos no han provocado. Después, resulta que la mayor parte de las sequías y los huracanes que provoca, los sufren los más pobres: en África o en las zonas tropicales de Asia y Centroamérica, o en las costas de las pequeñas islas de Oceanía. Como podéis ver, no es cuestión de suerte, sino del funcionamiento del clima del mundo.



Y continuó explicándoles:

—Lo que vosotros leísteis ayer sobre el cambio climático en Internet está visto desde nuestra situación de ricos. Yo os voy a dejar un documento que estamos trabajando ahora en Manos Unidas y os invito a entrar en su Web. Allí encontraréis los datos del problema y una campaña muy interesante que se titula: “Desarrollo y justicia climática”.

Los niños, que estaban físicamente cansados por el trabajo de la mañana, aceptaron gustosos el reto de la abuela y se pusieron a leer las páginas que la abuela les indicó del documento. Se iban relevando para leer en voz alta y hacerlo así más ameno. Encontraron datos como éstos:

El cambio climático amenaza con una subida de los mares y el número de personas con riesgo de sufrir inundaciones en las zonas costeras ha pasado de 75 millones a 206 millones.

Por las inundaciones y la subida del mar, se perderán zonas costeras de cultivo sobre todo en Asia, en los lugares donde más personas viven. 400 millones de personas corren peligro de tener que emigrar por perder sus tierras.

Los desastres ecológicos: inundaciones, sequías, huracanes, etc. van a ser cada vez más frecuentes. Ya se ha pasado de 740 millones de afectados a 2.500 millones. Los pobres, además, no pueden reponerse de un desastre a otro. Además esos desastres traen enfermedades que terminan de rematar el daño.

Las lluvias van a ser más inestables e irregulares, lo que va a hacer cada vez más vulnerables a los más pobres, que viven de la agricultura de subsistencia.

Muchos territorios en zonas semisecas del mundo se van a desertizar, por lo que sus habitantes se van quedar en la ruina y

van a perder sus tierras cultivables y los pozos de los que beben.

El cambio climático va a favorecer la aparición de enfermedades nuevas y el aumento de las que ya existen, especialmente en los países pobres, como la malaria, el dengue, la tuberculosis y otras similares.

Los problemas generados por el cambio climático van a aumentar el riesgo de guerras en más de 46 países afectados por problemas económicos, sociales y políticos que se verán agravados por él.

También entraron en la página Web de Manos Unidas y descubrieron la campaña “Desarrollo y justicia climática” y se convencieron cada vez más de que tenían que poner su grano de arena para evitar el cambio climático.

Se les ocurrió proponer a su profesor de Conocimiento del Medio una campaña de buenos hábitos contra el cambio climático. El profe era siempre receptivo y les estaba animando continuamente a tener ideas propias, así que comenzaron a pensar qué actitudes concretas debían proponer para ayudar al planeta Tierra.

El catequista interrumpe la narración y propone a los niños/as de su grupo de catequesis que digan ellos mismos las distintas formas que tenemos nosotros de contribuir a parar el cambio climático con actitudes normales de vida y consumo. También les puede animar a hacer lo mismo es su colegio y proponer al profesor de “Cono” realizar una campaña colegial de actitudes saludables para evitar el cambio climático.

La abuela seguía las iniciativas de los cuatro niños como quien parece que no se entera, mientras trajinaba por la casa y se sentía feliz de verles convertidos en pequeños ecologistas.





Pero ella estaba convencida de que la medida de la verdadera ecología es el hombre y de que el verdadero ecologismo que Dios quiere es el que defiende sobre todo al hombre junto con la Tierra, por eso quiso empujarles a ser ecologistas de los pobres. Se les presentó, en medio de sus pesquisas, con la página del taco del calendario del día, que incluye siempre por la parte de atrás una pequeña lectura y les dijo:

—Mirad la lectura que aparece en la hoja del taco de hoy, creo que va especialmente dirigida a vosotros:

Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece aún en la muerte... En esto hemos conocido el amor, en que Jesús dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Pero, si uno que tiene lo suficiente para vivir, ve a su hermano pasar necesidad, y le cierra el corazón, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y de verdad. (1 Jn 3, 13-18).

Los niños comprendieron que la abuela les estaba invitando a hacer algo, no sólo por el planeta, sino también por las per-

sonas que sufrían los males del planeta y comenzaron también a planificar, como habían hecho el verano anterior, la futura campaña de Manos Unidas. Como el lema de la campaña era: “Contra el hambre, defiende la tierra”, les pareció buena idea unir la campaña del colegio a la de la parroquia y hacer lo mismo en los dos sitios a la vez, así podría llegar a más niños y a las parroquias de todos sus compañeros.

Comenzaron a imaginar formas de recaudar fondos que desarrollaran actitudes de moderación de consumo y de respeto al medio ambiente y enseguida recordaron del cole dos palabras clave: reciclar y reutilizar...

A Ángela le gustaban mucho las manualidades y tuvo la primera idea. ¿Por qué no hacer manualidades reciclando cosas y hacer un mercadillo de artesanía reciclada? Y, como la afición a las manualidades se la había inculcado su madre, que era una verdadera artista, se atrevió incluso a proponer implicar también a las madres, que son más capaces de hacer cosas realmente bonitas y valiosas para el mercadillo.

Sergio, verdadero lince de Internet, propuso buscar manualidades en la red. Se pusieron a buscar y encontraron cientos de ideas, que les entusiasmaron. Había toda clase de cosas recurrentes, divertidas y bonitas, algunas más complicadas, propias para madres y otras sencillas, que ellos mismos podían hacer.

Mientras los otros tres buscaban en Internet, Alicia le estaba dando vueltas a la palabra reutilizar, paseando distraídamente su mirada por los objetos que la abuela tenía colocados en los estantes. Recordó que Irene se había fijado un rato antes en un muñeco y había dicho que siempre había deseado tener uno así. Entonces se le ocurrió una idea: ¿Por qué no dar una segunda oportunidad a ciertos objetos que tenemos en casa y que podían hacer ilusión a otras personas? Y dijo a los demás:





–Tengo otra idea: Podríamos hacer un mercadillo de cosas que estén bien y que pueden interesar a otros: Puede ser un juego de ordenador, o un puzzle que ya hemos montado una vez y vuelto a desmontar, o un libro que hemos leído y no pensamos volver a leer... Hay muchas cosas que podrían reutilizar otras personas, si les damos una segunda oportunidad.

Y durante los días que los niños estuvieron juntos, mientras se secaba la casa de Ángela e Irene, hicieron planes, diseñaron carteles y comenzaron a fabricar manualidades, para no perder tiempo y tener un plan bien pensado para cuando llegase el momento de proponerlo en el colegio y la Parroquia.

El catequista concluida la narración, propone a los niños/as de su grupo de catequesis que piensen si ellos pueden pasar de sentir pena por los que sufren las consecuencias del cambio climático, que sería como amar de palabra y de boquilla, a hacer algo, como lo que se han propuesto Alicia, Sergio, Ángela e Irene, para recaudar fondos para los más pobres, por medio de Manos Unidas.

Lógicamente los catequistas deben haber pensado previamente lo que pueden hacer y terminar la catequesis proponiendo, no lo que aparece en el relato de catequesis, sino lo que realmente puedan hacer a nivel parroquial o colegial. Sin embargo la catequesis da una idea que puede ser aprovechada: Es siempre mejor una acción conjunta de niños y padres, que la que puedan hacer los niños solos.

ORACIÓN FINAL

Cada año concluimos con una oración para pedirle a Dios que nos conceda fuerzas para ayudar a nuestros hermanos del Sur. Este año lo vamos a hacer con el Cántico de las criaturas de S. Francisco. Nadie como él supo llamar hermano al sol, a la luna, a los pájaros e incluso al peligroso lobo de Gubbio y nadie como él supo ponerse del lado de los pobres compartiendo todo y haciéndose más pobre que nadie:

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!

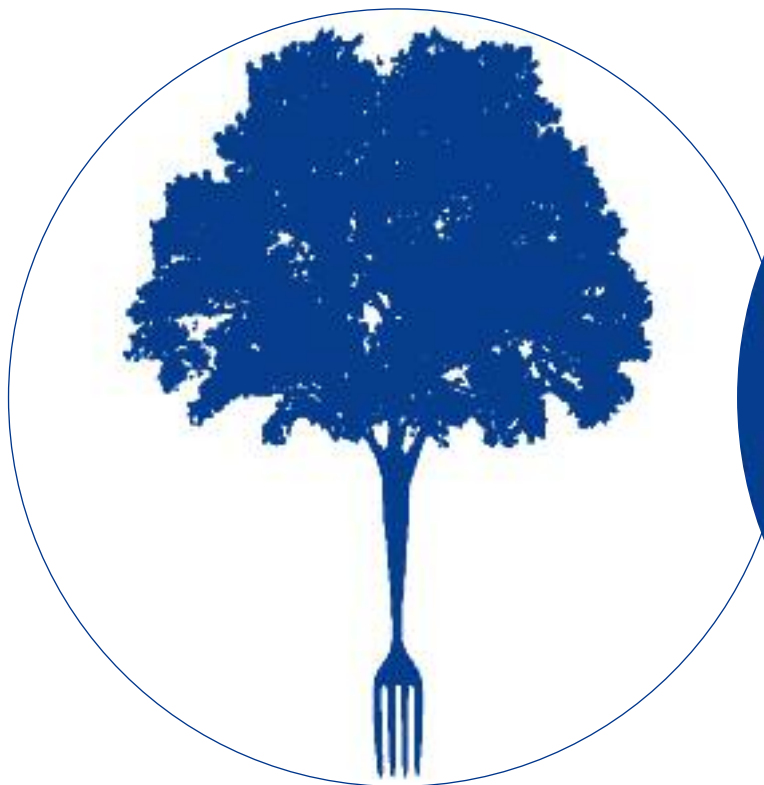
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!...

... ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!...
... Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.



Manos Unidas
CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE



Contra
el hambre,
defiende
la Tierra

Servicios Centrales:

Barquillo, 38-3ª. 28004 Madrid Tel.:

91 308 20 20 Fax: 91 308 42 08

info@manosunidas.org www.manosunidas.org